

—A lo mejor una o dos maletas con ropa blanca —pidió Baldur—. Mi madre siempre anda escasa de ella.

—¡Dios, qué conmovedor! —se burló el comisario—. ¡Qué hijo tan conmovedor! ¡Un verdadero y conmovedor hijito de mamá! ¡Bien, por mí no hay inconveniente! ¡Pero con eso, se acabó! ¡De todo lo demás, responderás ante mí! Y tengo una memoria excelente para la disposición de las cosas, ¡a mí no me tomarás el pelo tan fácilmente! Y como ya te he dicho, en caso de duda registro del domicilio de los Persicke. En el peor de los casos, encontraría una radio con tocadiscos y dos maletas de ropa. Pero no temas, hijo, mientras tú seas formal yo también lo seré.

Se dirigió hacia la puerta. Y hablando por encima del hombro añadió:

—Dicho sea de paso, si el tal Barkhausen reaparece por aquí, no quiero riñas con él. No me gustan esas cosas, ¿entendido?

—Sí, señor comisario —contestó, obediente, Baldur Persicke, tras lo cual los dos caballeros se separaron... después de una mañana tan fructífera.

Capítulo 17

TAMBIÉN ANNA QUANGEL SE LIBERA

Para los Quangel la mañana no fue tan fructífera, al menos las explicaciones tan ansiadas por Anna no llegaron.

—Nooo —dijo Quangel contestando a sus ruegos—. Nooo, mamá, hoy no. El día ha empezado mal, en un día así no puedo hacer lo que de verdad me apetece. Y si no puedo hacerlo, tampoco deseo hablar de ello. Quizá otro domingo. ¿Lo oyes? Ya vuelve a deslizarse por la escalera uno de los Persicke. Bueno, que lo haga. ¡Con tal de que nos dejen en paz!

Ese domingo, sin embargo, Otto Quangel mostraba una ternura inusual. Anna pudo hablar de su hijo caído todo lo que quiso, no le prohibió hacerlo. Incluso repasó con ella las escasas fotos que tenía del hijo, y cuando volvió a echarse a llorar, le pasó la mano por los hombros y la consoló.

—Déjalo, mamá, déjalo. Quién sabe si no ha sido para bien, con todo lo que se va a ahorrar.

Así que ese domingo, incluso sin charla, fue bueno. Hacía tiempo que Anna no veía a su marido tan tierno, era como si el sol brillase otra vez, la última, sobre la tierra antes de la llegada del invierno, que ocultaba la vida bajo una capa de hielo y nieve. En los meses siguientes la frialdad y el laconismo de Quangel aumentaron y ella recordó con frecuencia ese domingo, que constituía al mismo tiempo su consuelo y su estímulo.

Comenzó otra semana laboral, una más de tantas siempre iguales, que se parecían unas a otras ya floreciesen las flores o nevase en el exterior. El trabajo era siempre el mismo, y también las personas seguían siendo como eran.

Otto Quangel sólo tuvo un incidente menor en esa semana laboral. Cuando se dirigía a la fábrica, salió a su encuentro en la calle Jablonski el consejero Fromm. Quangel lo habría saludado, pero recelaba de los Persicke. Tampoco quería que Barkhausen, de quien Anna le había contado que se lo había llevado la Gestapo, viera algo. Porque Barkhausen ya había regresado, si es que se había ido alguna vez, y rondaba por delante del edificio.

Total, que Quangel pasó caminando con expresión hosca junto al juez del Tribunal Cameral, sin mirarlo. Éste no debía de sentir tantos escrúpulos, pues levantó ligeramente su sombrero ante su vecino y entró en el edificio con los ojos risueños.

¡Qué oportuno!, pensó Quangel. Quien lo haya visto, se dirá: Quangel será siempre el mismo patán grosero y el juez un hombre educado. Pero no pensará que ambos mantenemos una relación mutua.

Esa semana Anna Quangel tuvo que ejecutar una tarea difícil. El domingo, al acostarse, su marido le dijo:

—Procura abandonar la Organización de Mujeres. Pero hazlo sin llamar la atención. Yo también he abandonado mi cargo en el Frente del Trabajo.

—¡Ay, Dios! —exclamó ella—. ¿Cómo lo has conseguido, Otto? ¿Y te han dejado marchar?

—Por estupidez congénita —contestó Quangel con desacostumbrada jovialidad concluyendo la conversación.

Pero ahora a Anna Quangel le esperaba su tarea. Por estúpida jamás la dejarían marchar, la conocían demasiado bien como para eso, se le tendría que ocurrir algo distinto. Anna Quangel se pasó el lunes y el martes cavilando, y por fin el miércoles creyó tener la solución. En su caso no surtiría efecto dárseles de boba, pero

puede que sí de sabihonda. Ser una sabihonda, saber demasiado, pasarse de lista, les desagradaba aún más que una pizca de estupidez. Y si a dárseles de sabihonda se le unía el exceso de celo, seguro que funcionaría.

Así pues, Anna Quangel, ni corta ni perezosa, se puso en camino. Quería solucionar el asunto cuanto antes; le gustaría, si era posible, anunciar esa misma noche a Otto que ella también había conseguido caer en desgracia en el Partido igual que él, es decir, sin llamar la atención. Tenía que convencerlos de una vez por todas de que se olvidaran de ella. Esos, nada más pensar en la Quangel, tenían que pensar: ¡Bah, con ésa no se puede contar para algo así!, fuera lo que fuese ese algo.

Una de las principales labores de Anna Quangel en aquellos días, cuando la importación de trabajadores forzados todavía no funcionaba bien y el Führer aún no había nombrado un delegado especial con rango de ministro para dirigir ese negocio esclavista, una de sus principales labores consistía, pues, en descubrir cuáles de sus compatriotas alemanas se escaqueaban del trabajo en las empresas de armamento, convirtiéndose con ello, según la terminología del Partido al uso, en traidoras al Führer y a su propio pueblo. Justo hacía poco el ministrillo Goebbels había aludido con sorna en un artículo a esas damiselas maquilladas cuyas uñas pintadas de rojo no las eximían ni mucho menos de trabajar para el pueblo —y no sólo en labores de oficina.

Ciertamente en otro artículo el ministro, a buen seguro forzado por las damas de su propio círculo, se había apresurado a añadir que las uñas pintadas de rojo y el aspecto exterior cuidado no caracterizaban de por sí a una mujer asocial y reacia al trabajo. ¡Él prevenía encarecidamente de cometer tal atropello por esos simples motivos! El Partido, en su justicia, comprobaría cada caso que se le notificase, con lo que abrió las puertas a una avalancha de denuncias seguramente deliberada.

Pero como había ocurrido tantas veces antes y ocurriría después, el ministro, con su primer artículo, despertó los más bajos instintos del populacho. Anna Quangel se dio cuenta de que se le había abierto una posibilidad. Es verdad que la mayoría de los vecinos de su barrio eran personas sencillas, pero ella conocía a una dama a la que la descripción del ministro le venía como anillo al dedo. Anna Quangel sonrió por anticipado al imaginar el efecto que causaría su visita. La dama a la que iba a visitar residía

en una gran casa en Friedrichshain, y la señora Quangel dijo con rudeza a la doncella que salió a abrir, para disimular la inseguridad que la acometió de repente:

—¡Déjate de consultar a la distinguida señora si puede recibirme! Vengo de la Organización de Mujeres y necesito hablar con ella, ¡y desde luego, hablaré! Por cierto, señorita —añadió bajando la voz—, ¿a qué viene eso de «distinguida señora»? ¡Eso ya no existe en el Tercer Reich! ¡Todos nosotros trabajamos para nuestro amado Führer... cada cual en su puesto! ¡Quiero hablar con la señora Gerich!

Se desconoce si la señora Gerich recibió a la enviada de la Organización de Mujeres por sentirse ligeramente inquieta por el informe de la doncella o por puro aburrimiento, para gastar media hora de una tarde tediosa. En cualquier caso, recibió a la señora Quangel. Con una amable sonrisa avanzó hacia ella hasta situarse en el centro de su lujoso salón y, de una simple ojeada, la señora Quangel constató que la señora Gerich era realmente la criatura que iba buscando: una rubia de piernas largas, acicalada y perfumada, sobre la frente una alta estructura de bucles y ricitos. ¡Artificiales la mitad de ellos!, sentenció en el acto Anna Quangel. Esta constatación le devolvió parte de su seguridad, que había disminuido un poco al contemplar esa habitación lujosa, justo es decirlo, con alfombras de seda, sofás, sillones y silloncitos, mesas y mesitas, tapices y un sinnúmero de arañas resplandecientes, que Anna no había visto en su vida, ni siquiera en la residencia de los distinguidos señores a los que había servido hacía más de veinte años.

La dama hizo el saludo preceptivo a Anna Quangel, pero levantando el brazo con indolencia.

—¡Heil Hitler!

Anna Quangel, seria y puntillosa, corrigió esa indolencia con un enérgico «¡Heil Hitler!».

—Así que, según me han dicho, viene usted de la Organización de Mujeres, ¿verdad, señora...? —La dama esperó un instante, pero, al no obtener respuesta, añadió con una imperceptible sonrisa—: Pero, tome asiento, por favor. Sin duda se trata de una colecta. A mí me agrada contribuir siempre que me sea posible.

—¡No se trata de una colecta! —replicó Anna Quangel casi con rabia.

De pronto sintió una aversión profunda hacia esa hermosa criatura que, sin embargo, era una simple mujercita que jamás se convertiría en la mujer y madre que había sido y seguía siendo Anna Quangel. Esta odiaba y despreciaba a la otra porque jamás reconocería los vínculos que a ella siempre le habían parecido sagrados e inviolables. Para su interlocutora era todo un simple juego, era completamente incapaz de amor verdadero, y sólo valoraba esas relaciones que a Anna en su matrimonio con Otto Quangel le habían parecido siempre una parte completamente irrelevante de su relación.

—¡No, nada de colectas! —balbució de nuevo con impaciencia—. Se trata de...

La interrumpió de nuevo.

—Pero ¡se lo ruego, tome asiento! No puedo permanecer sentada viéndola de pie, y usted, como es mayor...

—¡No tengo tiempo! —repuso Anna Quangel—. Si le apetece, siga de pie, o quédese sentada tranquilamente. A mí no me importa.

La señora Gerich entrecerró los ojos y examinó, asombrada, a esa honrada mujer del pueblo que se comportaba con ella con semejante brutalidad. Tras un leve encogimiento de hombros, dijo con tono todavía amable, pero más desabrido:

—Como guste. Siendo así, me sentaré. Quería usted decirme...

—Lo que quiero —replicó la señora Quangel con tono decidido— es preguntarle por qué no trabaja. Seguramente habrá leído los llamamientos para que todo aquel que no tenga todavía ocupación trabaje en la industria de armamento, ¿verdad? ¿Por qué no trabaja usted? ¿Qué motivos tiene?

—Uno muy bueno —contestó la señora Gerich con impasibilidad divertida, contemplando, no sin burla, las manos trabajadas, teñidas de limpiar verdura, de su interlocutora—: en mi vida he realizado un trabajo físico. No soy en modo alguno apta para dicha tarea.

—¿Lo ha intentado alguna vez?

—No se me pasa por la cabeza enfermar por intentarlo. En cualquier momento puedo presentar un certificado médico de que...

—¡Ya lo creo! —la interrumpió Anna Quangel—. ¡Un certificado por diez o veinte marcos! Pero en esta cuestión los certificados de médicos privados complacientes carecen de validez y su aptitud para el trabajo la decidirá el médico de empresa de la fábrica a la que será asignada.

La señora Gerich contempló un instante el rostro iracundo de la otra. Después se encogió de hombros.

—¡Muy bien, pues asígneme a cualquier fábrica! ¡Ya verá lo que consigue con eso!

—¡Usted misma lo comprobará! —Anna Quangel sacó un cuaderno, uno de esos cuadernos con tapas de hule como los que usan los escolares. Se acercó a una mesita, apartó irritada un plato con dibujo de flores y, antes de empezar a escribir, humedeció el lápiz con la punta de la lengua. Lo hizo con plena consciencia, para provocar a la otra; no podía considerar concluida esa visita antes de haber hecho trizas la indiferencia burlona de su interlocutora y haberla sacado de sus casillas.

¿Profesión del padre? Maestro carpintero, vaya... ¡y no había realizado un trabajo físico en toda su vida! Bueno, ya veremos. ¿Número de miembros de la casa? ¿Tres personas? ¿Incluida la doncella? Entonces dos en realidad...

—¿De verdad no puede atender sola a su marido? ¡Otra persona más arrebatada a la industria armamentística! ¡Lo anotaré también! ¿No tiene hijos, eh?

La sangre afluyó a las mejillas de su interlocutora, pero sólo se notaba en las sienes, tan maquillada iba. Sin embargo, la vena que cruzaba la frente hacia el nacimiento de la nariz comenzó a hincharse y a latir.

—¡No, claro que no tengo hijos! —respondió la señora Gerich con tono ya muy desabrido—. Pero consigne que tengo dos perros.

Anna Quangel se incorporó muy tiesa y la miró con unos ojos que fulguraban sombríos. (En ese momento había olvidado por completo el motivo de su visita.)

—¡Oiga! —exclamó, imprimiendo deliberadamente a su voz el tono de siempre—. ¿Pretende acaso burlarse de mí y de la Organización de Mujeres? ¿Quiere reírse de las disposiciones laborales y de nuestro Führer? ¡Se lo advierto!

—¡Yo también se lo advierto! —gritó la señora Gerich—. Por lo visto ignora con quién está hablando. ¡Burlarme yo de una disposición! ¡Mi marido es *Obersturmbannführer*⁴!

—¡Ah, ya! —contestó Anna Quangel—. ¡Vaya! —De repente su voz se calmó por completo—. Bueno, tengo sus datos, ya recibirá

⁴ *Obersturmbannführer*: jefe superior de unidad de asalto. Equivale a teniente coronel.

usted noticias. ¿O desea mencionar algo más? ¿Quizá que cuida de una madre enferma?

La señora Gerich se limitó a encogerse de hombros con desprecio.

—Antes de que se vaya —anunció— me gustaría ver su credencial. Yo también desearía anotar su nombre.

—Mírela —repuso la señora Quangel mostrando su identificación—. Ahí está todo apuntado. Por desgracia no tengo tarjetas de visita.

Dos minutos después la señora Quangel se marchó, y apenas tres minutos más tarde una criatura desconsolada, hecha un mar de lágrimas, telefoneó al *Obersturmbannführer* Gerich y, entre sollozos y con ocasionales patadas de rabia al suelo, le refirió la inaudita ofensa que acababa de hacerle una enviada de la Organización de Mujeres.

—No, no, no —logró intercalar al fin, apaciguador, el *Obersturmbannführer*—. Por supuesto que lo comprobaremos por medio del Partido. No obstante, ten en cuenta que las comprobaciones son siempre necesarias. Como es natural, ha sido una estupidez comportarse contigo como se ha comportado. ¡Me encargaré personalmente de que no vuelva a repetirse!

—¡No, Ernst! —gritaron al otro extremo de la línea—. ¡No lo hagas, encárgate de que esa mujer me pida perdón! ¡Aunque sólo sea por el tono en que me ha hablado! «¿No tiene hijos, eh?», me ha dicho. Con esas palabras también te ha ofendido a ti, Ernst... ¿no te das cuenta?

Finalmente el *Obersturmbannführer* se percató y le prometió el oro y el moro a su «dulce Claire» para tranquilizarla. Sí, le pedirían perdón, faltaría más, y ese mismo día. Claro que compraría entradas para la Ópera Nacional y después ¿podían quizá ir al Femina para que ella se distrajesse y se calmase un poco? Sí, reservaría ahora mismo una mesa para ambos, y ella podía invitar por teléfono a un par de amigas y amigos.

Después de haber proporcionado a su mujer una ocupación tan entretenida, ordenó que le pusieran con la dirección de la Organización de Mujeres y con el tono más agrio denunció la ofensa que le habían hecho. ¿Es que no podían emplear en semejantes tareas a nadie mejor que esa clase de mujeres infames? ¡El asunto requería muy probablemente una comprobación minuciosa! ¡Por supuesto, la tal Quangel o Quingel o Quuungel tenía que disculparse ante su mujer! ¡Y solicitaba encarecidamente que lo hiciera

esa misma tarde! ¡Además exigía un informe inmediato de todo lo acontecido!

Al colgar, el *Obersturmbannführer* tenía el rostro congestionado, pero estaba firmemente convencido de que había sufrido una ofensa grave e imperdonable. Telefoneó en el acto a su dulce Claire, pero tuvo que hacer diez intentos por lo menos antes de conseguir contactar con ella, pues estaba contando a sus amigas el ultraje sufrido con pelos y señales.

Sin embargo, la conversación telefónica mantenida por su marido se infiltró en la red de Berlín, extendiéndose por aquí, por allá y por acullá, exigiendo informes, haciendo preguntas, con susurros de la más estricta confidencialidad. A veces la conversación parecía desviarse de su objetivo original, pero gracias a la excelencia e infalibilidad del sistema automático de conmutación siempre reencontraba su camino hasta que al fin, convertida ya en avalancha, encontró la pequeña oficina de la Organización de Mujeres de la que dependía Anna Quangel. En ese momento prestaban allí servicio (no retribuido) dos señoras, una flaca y de pelo blanco, adornada con la Cruz de la Madre⁵, la otra, regordeta y aún joven, con el pelo cortado a lo *garçon* y el emblema del Partido sobre su pecho turgente.

Le tocó a la canosa, pues fue la primera en coger el teléfono y sobre ella se precipitó la avalancha. Totalmente cubierta por ella, braceaba desamparada y lanzaba miradas suplicantes a la rolliza mientras intentaba intercalar pequeños comentarios:

—Pero la Quangel... una mujer de toda confianza. La conozco desde hace años...

¡En vano, nada pudo salvarla! No se anduvieron con tapujos, tampoco en la Organización de Mujeres, y le dejaron bien claro la porquería de organización que reinaba en su oficina. Podría darse por satisfecha si lograba salir del asunto limpia de polvo y paja. Pero en lo que respecta a la tal Quangel... había que destituir la para siempre jamás y que pidiera disculpas ese mismo día, sin falta. ¡Sí, claro, Heil Hitler!

En cuanto la canosa colgó y, con un temblor en todos sus miembros, comenzó a informar a la regordeta, se oyó un nuevo y

⁵ Cruz de Honor de la Madre Alemana, condecoración creada por Hitler en 1938 para aumentar el índice de natalidad. [N. de la T.]

estridente repiqueteo del teléfono y otro departamento de mayor rango se sintió asimismo impelido a gritar, regañar y amenazar.

Esta vez le tocó a la rolliza. Ella también flaqueó y tembló ante el embate, porque, aunque era miembro del Partido, su marido estaba considerado dudoso desde el punto de vista político, pues era abogado y antes de 1933 había defendido con frecuencia a «rojos» ante la justicia. Una cosa así podía costarles el cuello. Ella recurrió a la humildad, a la buena voluntad, a la más rendida devoción.

—Claro que sí, una equivocación imperdonable... Esa mujer debe de haberse vuelto loca... Por supuesto, se hará todo esta misma tarde, sin falta. Yo misma iré...

¡En vano, todo en vano! Fue como si el infierno se hubiera abatido sobre ellas. Las llamadas se sucedían tan deprisa que apenas conseguían recuperar el aliento. Al final huyeron de aquella oficina, incapaces de continuar escuchando los improperios que se repetían sin cesar. Al cerrar la puerta, aún escucharon gritos por el teléfono en demanda de una nueva víctima, pero no desistieron. ¡Ellas no, ni por todo el oro del mundo! ¡Tenían las necesidades cubiertas, hoy, mañana, los próximos años!

Durante un rato caminaron silenciosas hacia su objetivo, la vivienda de los Quangel.

—¡A ésa le voy a cantar las cuarenta, mira que causarnos tantos problemas! —dijo una.

Y la del emblema del Partido:

—¡Ya te digo! ¡La Quangel nos trae sin cuidado! Pero usted sabe de sobra que bastantes problemas tiene una ya...

—Claro —respondió la de la Cruz de la Madre pensando en su hijo, que había combatido en España, pero en el bando equivocado, es decir en el rojo.

No obstante, la entrevista con la señora Anna Quangel transcurrió de forma muy distinta a lo que ambas esperaban. La señora Quangel no permitió que le gritaran ni que la intimidaran.

—Primero explíquenme qué es lo que he hecho mal. Aquí están mis notas. La señora Gerich está sometida a la ley del Servicio de Trabajo Obligatorio...

—Pero, hija de mi vida —intervino la regordeta—, aquí no se trata de eso. Su marido es *Obersturmbannführer*..., ¿es que no lo entiende?

—¡No! ¿Qué tiene que ver eso? ¿Dónde está escrito que las mujeres de los altos dirigentes estén exentas? ¡No sé nada de eso!

—No sea usted tan dura de mollera —replicó en tono muy severo la del pelo blanco—. Como esposa de un alto dirigente la señora Gerich tiene obligaciones más importantes. Ella ha de atender a su marido, sobrecargado de trabajo.

—Yo también.

—Ella tiene grandes obligaciones de representación.

—¿Y eso qué es?

No hay nada que hacer con esa mujer, es inútil, ella no comprende su culpa. Sencillamente se niega a entender que los altos dirigentes y todos sus parientes están exentos de todas sus obligaciones hacia el Estado y la comunidad.

La regordeta de la cruz gamada cree vislumbrar la verdadera razón de la obstinación de la señora Quangel al descubrir en la pared la foto de un joven pálido, con pinta de desnutrido, adornada con una corona y un lazo de luto.

—¿Su hijo? —pregunta.

—Sí —es la respuesta escueta y malhumorada de Anna Quangel.

—Su único hijo... ¿ha caído?

—Sí.

La canosa con la Cruz de la Madre dice con indulgencia:

—Es que no hay que traer un solo hijo al mundo.

Anna Quangel tiene una rápida réplica en la punta de la lengua, pero la reprime. No quiere estropearlo todo.

Las dos mujeres cruzan una mirada. Para ellas todo está claro. Esta mujer ha perdido a su único hijo y entonces se encuentra con una de esas mujeres distinguidas que cree que desean escaquearse de una pequeña obligación y no hacen ni el menor sacrificio... Eso no podía acabar bien.

—No se negará usted a presentar una pequeña disculpa, ¿eh? —inquire la regordeta.

—En cuanto ustedes me demuestren que estoy equivocada.

Y la canosa:

—¡Pero si se lo he demostrado!

—Entonces no lo habré comprendido. Debo de ser muy tonta para eso.

—De acuerdo. Entonces tendremos que intentarlo nosotras solas. Será un camino duro para las dos.

—¡Yo no se lo pido!

—Y además, señora Quangel, ante todo debe pensar en cuidarse. Siempre escaleras arriba y abajo y ahora esta pena. Ha sido usted una de nuestras afiliadas más trabajadoras.

—¡Así que me expulsan! —constató Anna Quangel—. Porque le he dicho a una dama de esas la verdad.

—¡No, por Dios, no se lo tome así! Por el momento disfrute usted de un permiso para reponerse. Ya volveremos a llamarla...

Las dos señoras recorrieron en silencio el camino hasta Friedrichshain. Iban completamente sumidas en sus pensamientos. Deberían haberse mostrado mucho más duras con la Quangel, gritarle, y fulminarla con la mirada. Pero por desgracia eso no les ha sido dado... ellas son de las que siempre se someten, están indefensas. Y como lo saben, se convierten en felpudo para todo aquel que sepa gritar. Ojalá que ahora todo vaya bien en su visita a la distinguida señora, ojalá que (aunque no las acompaña la principal culpable) regresen a casa con una experiencia relativamente favorable.

Pero tienen suerte. Porque ahora —entre tantas llamadas telefónicas, gritos y visitas— se ha hecho muy tarde. La distinguida señora está vistiéndose, pues se dispone a asistir a la ópera. Ellas tienen que esperar sentadas en dos taburetes del vestíbulo.

Al cabo de un cuarto de hora, una doncella les pregunta qué desean. Tras informar a la empleada con susurros pesarosos, les contesta que deben seguir esperando.

Pero a decir verdad, todo ese asunto apenas interesa ya a la esposa del *Obersturmbannführer* Gerich. Se ha pasado tres horas hablando por teléfono con sus amigas, se ha bañado, la Ópera Nacional la espera, después una velada en el Femina... ¿qué interés puede despertar ahora una de esas mujeres del pueblo para una dama de la alta sociedad? Así que Claire, al cabo de otro cuarto de hora, le dice a su Ernst:

—¡Anda, ve y grítales un poco a esas mujeres y diles que se vayan! No quiero que me estropee la noche algo así.

El *Obersturmbannführer* se acerca al vestíbulo y grita a las visitantes. Mientras lo hace no sabe que ninguna de ellas es la auténtica culpable. Eso le da completamente igual, vocifera y después las echa. El caso ha quedado definitivamente zanjado.

Las dos mujeres se marchan a casa.

—La verdad es que a veces entiendo perfectamente a una mujer como la Quangel —dice la regordeta.

La del pelo blanco piensa en su hijo y aprieta los labios.

La regordeta prosigue:

—A veces desearía de veras ser una sencilla trabajadora, desaparecer en medio de la masa. Este continuo andarse con cuidado, este miedo que nunca se mitiga acaba contigo...

La de la Cruz de la Madre menea la cabeza.

—Yo no hablaría así —replica, escueta. Y cuando la otra calla, ofendida, añade—: De todos modos hemos resuelto lo mejor posible el asunto, aun sin la Quangel. Él ha dicho expresamente que el caso está zanjado, y eso es lo que informaremos a los de arriba.

—Y que la Quangel ha sido destituida.

—¡Eso también, por supuesto! ¡No quiero volver a verla jamás en nuestra oficina!

Y lo cierto es que nunca volverán a verla por allí. Pero Anna Quangel pudo contar a su marido que había tenido éxito, y aunque él la sometió a un minucioso interrogatorio, no dejó de ser un verdadero éxito. Los Quangel se habían librado de sus cargos, sin riesgo.

Capítulo 18

SE ESCRIBE LA PRIMERA POSTAL

El resto de la semana transcurrió sin acontecimientos relevantes y así llegó otro domingo, ese domingo en el que Anna Quangel esperaba mantener con Otto la conversación tan ansiosamente esperada y tan largamente demorada sobre los planes de éste. Él se había levantado tarde, pero se mostraba de buen humor y tranquilo. A veces ella le lanzaba una rápida ojeada de soslayo, estimulándolo, pero parecía no darse cuenta, comía el pan masticando despacio mientras removía el café.

A Anna le costó retirar los platos. Pero esta vez no le tocaba a ella iniciar la conversación. Él le había prometido que esa conversación tendría lugar el domingo y mantendría su palabra, cualquier presión por su parte habría parecido apremiante.

Así que se levantó con un ligero suspiro y llevó las tazas y los platos a la cocina. Cuando regresó a por la cestita del pan y la cafetera, su marido, arrodillado delante de un cajón de la cómoda, rebuscaba en su interior. Anna Quangel no lograba recordar su contenido. No podía ser más que trastos viejos olvidados hacía mucho tiempo.

—¿Buscas algo concreto, Otto? —preguntó con el típico gracejo berlinés.